

DISCURSO II.

FÉ.

Sine fide impossibile est placere Deo.
Sin fé es imposible agradar á Dios.
(HEBR. XVI, 6).

En cierta ocasion, el filósofo Atanógoras prorumpía en amargas quejas contra los paganos, porque combatian la fé católica, al paso que se sometían á cultos visiblemente ridículos y hasta viciosos. Lo mismo podría echarse en cara hoy día á muchísimas personas, que por orgullo de entendimiento se declaran enemigos de nuestra fé, al paso que toleran y áun propagan extrañas y absurdas doctrinas. Sin embargo, si se prestasen á discutir con detenido y severo exámen los principios de las creencias católicas, encontrarían pruebas de veracidad más que suficientes para convencerles plenamente de sus errores. En efecto; las profecías que vaticinaron la Religion del Evangelio, y los milagros que la confirmaron; su propagación admirable, y su prodigiosa conservacion, permaneciendo siempre inmóvil á pesar de todos los embates y asechanzas de formidables enemigos; son hechos que, estudiados con atencion, indujeron á muchos y preclaros varones á pasar de la Academia y del Pórtico á la escuela del Crucificado.

No es mi propósito, amados hermanos, extenderme sobre este punto, persuadido como estoy, de que no formais parte del número de los incrédulos que se rebelan contra la fé católica; pero, para manteneros cada vez más alejados de los hijos de Satanás, y perfeccionar en vosotros los sentimientos que la fé católica nos enseña é inspira, voy á proponeros un espléndido ejemplo, el ejemplo de María, que adornada con todas las virtudes, lo estuvo de un modo particular con la fé, raíz y fundamento de todas ellas. De esta suerte se nos ofrecerá ocasion de examinar en nosotros esta virtud, que debe ser el faro de nuestros pasos y el báculo de nuestra flaqueza;

y veremos tambien si en este punto imitamos á la Santísima Virgen. Hé ahí, pues, amados hermanos, indicado el asunto de este discurso, que trataré despues de haber pedido los auxilios de la gracia: A. M.

La fé es necesaria, puesto que sin ella es imposible agradar á Dios. El primer culto que Dios exige de nosotros es, precisamente, la fé (1); la cual, al decir de los venerables Padres del Concilio Tridentino, es el principio, la raíz y el fundamento de nuestra justificacion. Esto significa, que el mérito y la eficacia de las buenas obras provienen, primeramente, de la fé, y que no pueden existir obras verdaderamente saludables y meritorias de vida eterna si no derivan y no ván acompañadas de la fé. Por este motivo, aunque algunos paganos ó herejes sobrepujen á muchos católicos en justicia, en caridad, en mansedumbre y en templanza, no adquieren mérito alguno. Indudablemente, sus actos son rectos y dignos de loa; pero, como no son inspirados por la fé, no pueden computarse entre los actos meritorios de eterno premio, puesto que de la fé dimana cualquiera obra merecedora de galardón. En fin, así como una moneda que no lleve grabado el husto del Príncipe, no es admitida en el comercio, por preciosa que sea en sí misma, tampoco puede servir para nuestra justificacion todo acto, por bueno y laudable que sea en sí mismo, si no lleva impreso el sello de la fé.

Antes de Belén y del Calvario era necesaria la fé en la venida del Mesías; despues de Belén y del Calvario es necesaria la fé en el Cristo que ya vino. Y así como ántes de la redencion humana tuvieron fé los hijos de Abrabán, que, reconociendo en Dios á aquel que había velado sobre la frágil cuna de su nacion y obrado estupendos prodigios para librarlos de las manos de sus enemigos, al ser reducidos á esclavitud en su patria adoptiva, aguardaban las divinas misericordias en el cumplimiento de las promesas hechas á su padre; tambien tuvieron fé los hijos de la Cruz, que, cumplido el tiempo de la redencion, predicaron las glorias del Redentor, á pesar de todos los poderes de la tierra y del infierno, reconociendo por Dios al que los judíos clavaron en la cruz cual si fuera un malhechor. Firmes aquéllos en la virtud de la fé, pidiendo á las nubes que llovieran el Justo, y á la tierra que brotase el Salvador, supieron sufrir escarnios y azotes, soportar cadenas y cárceles, andar girando de acá para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra; desamparados, apedreados,

(1) HEBR. XI, 6.

asserrados, puestos á prueba de todos modos y afligidos con toda suerte de horrendos suplicios (1); inquebrantables éstos en la virtud de la fé, venerando á aquel Dios, que vino á libertarnos de la esclavitud del demonio por un exceso de su bondad, ántes que dejar de adorarle, prefirieron morir cargados de cadenas, expuestos á las fieras, abrasados por las llamas, martirizados en los ecúleos, y espirar en el patíbulo.

Esto nos enseñó precisamente Jesucristo. Él, verdadera luz del mundo, que debía disipar las tinieblas de los ojos de los hombres, que andaban errantes por las tenebrosas regiones de la muerte (2); Él, preceptor divino, que debía instruirnos en las verdaderas máximas de la virtud y en las exactas nociones de la santidad (3); Él, maestro de todo el género humano, que debía invitarnos á vivir con piedad, justicia y sobriedad, esto es, á reformar nuestra conducta con relacion á Dios, al prójimo y á nosotros mismos (4); Él, digo, nos ha hablado repetidas veces de la necesidad de la fé. Habló de ella, cuando para confundir la incredulidad de los Hebreos les decía que consultasen las Escrituras, y las hallarian cumplidas en Él (5). Habló de la propia virtud, al llamar bienaventurados, no á aquellos que creen lo que tienen delante, que ven con claridad y conocen perfectamente; sino á aquellos que se hamillan bajo la divina palabra, creyendo lo que no ven con los ojos, ni alcanzan á comprender con el entendimiento (6). Habló de la misma, cuando prohibía decir ó hacer algo que redunde en perjuicio de la fé (7), y cuando mandaba manifestarla claramente con las obras y con las palabras (8). Y como si todo esto fuese poco, casi siempre atribuía los prodigios que obraba á la sola fé de los postulantes; como lo vemos en la curacion de la Hemorroisa, de la Cananea, del Centurión, del Ciego de nacimiento, del Leproso, y de otros muchos; añadiendo, que mediante la fé obrarian sus discípulos los mismos prodigios y aún otros mayores.

A falta de otra prueba, la misma necesidad de la fé humana, nos convencería de la necesidad de la fé divina. En efecto; la fé es tan

(1) HEBR. XI, 36.

(2) IS. IX, 2.

(3) IS. XXX, 20.

(4) AD. TIT. II, 12.

(5) JOAN V, 39.

(6) JOAN XXI, 29.

(7) LUC. XII, 9.

(8) LUC. XII, 9.

necesaria al hombre, á la familia y á la sociedad, que sin ella desaparecería cuanto existe de bello y de sublime en la sociedad, en la familia y en el hombre. Sin la fé desaparecen los descubrimientos de las ciencias, los progresos de las artes y los inventos de las industrias, puesto que los inventos de las industrias, los progresos de las artes y los descubrimientos de las ciencias arrancan del punto en que los dejaron los hombres que ya no existen. Sin la fé se reducen á una página blanca la historia de las naciones, la experiencia de los siglos, y los ejemplos de los sábios, puesto que la historia de las naciones, la experiencia de los siglos, y los altos ejemplos de los sábios no se ven con los ojos ni se tocan con las manos. Todas las grandes instituciones descansan sobre la fé; la justicia, la herencia no reconocen otra base; la misma familia se mantiene por este medio. La fé, pues, es tan necesaria, que donde ella no existiese, vuelto el hombre al estado salvaje, solo podría vivir en el desierto. ¿Y qué es lo que más sirve para mantener en todo su vigor la fé humana? No cabe duda que es la fé divina; puesto que quien cree en las magnificas promesas de la vida futura, para obtenerlas, se mantiene fiel á Dios y al prójimo. Por lo tanto, la fé es, segun vaticinaba Isafas, la piedra de Dios colocada en Sion, piedra escogida, angular, preciosa, y quien fabrique sobre ella no quedará confundido. En suma; la fé es, precisamente, la que alcanza victoria sobre el mundo (1).

Ahora bien; María tuvo fé en grado sublime. En efecto, considémosla en la hora faustísima en que se le anunció la maternidad divina. Llegado el día suspirado por las almas justas, de que hablaban los oráculos de los Profetas, y en el cual debía tener principio la regeneracion de la naturaleza humana, se presenta á María el arcángel Gabriel en la humilde morada de Nazareth. Abre los lábios el celestial mensajero, y despues de saludarla con una salutacion que nunca habían oído los pasados siglos, le anuncia el altísimo misterio de la Encarnacion del Verbo, diciéndole, que debe cumplirse en sus entrañas. ¿Qué pasó en María en aquel momento? Se trataba de un misterio inconcebible, infinitamente superior á todo humano entendimiento. Se trataba de un Dios, que anterior á todos los siglos, empezaria á existir en el tiempo, y Criador del Cielo y de la tierra, nacería de una criatura, uniendo la naturaleza impassible á lo pasible y mortal. Se trataba de que Ella concebiría un hijo y lo daría á luz permaneciendo Virgen. Sin embargo, así que oyó que su fecundidad

(1) I.^o JOAN, V, 4.

sería obra del Espíritu Santo, llena de fé, respondió inmediatamente: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra (1).

Es verdad, que el Evangelista nos presenta á María turbada y pensativa (2); pero esto no disminuye poco ni mucho la excelencia de su fé. En efecto; la fé debe ir siempre acompañada de la prudencia, puesto que el mismo Dios, que exige nuestro homenaje á las verdades reveladas por Él, quiere, igualmente, que este homenaje sea racional (3). Para que no pudiera tildarse de vana y lijera la fé de María, convenia que estuviese cierta de la verdad de la salutacion del Arcángel; le era necesario comprender ántes lo que significaba el llamarla bendita entre las mujeres, cuando solo deseaba ser llamada bendita entre las vírgenes; era menester elevarse al inefable sacramento de la Encarnacion de un Dios, que deslumbra toda pupila criada. Por esto se conmueven todas sus virtudes: la pureza cubre sus mejillas de un casto rubor, sabiendo que debía encerrar en sus entrañas al divino Verbo; la humildad conmueve todo su sér, oyéndose alabada con un elogio inusitado; y la vigilancia, recordándole la extrema ruína en que precipitó al género humano la orgullosa credulidad de una mujer, la pone sobre sí contra todas las asechanzas del maligno espíritu, y hace que, considerando la salutacion del Arcángel, examine sus palabras con maduro consejo. Así que, la turbacion y el silencio de María, demuestran solo su delicada sollicitud en conservar el tesoro de la pureza, siendo propio de las vírgenes prudentes vivir siempre tímidas; y la prudencia, con la cual consideraba atentamente todo cuanto, segun el Arcángel, Dios quería y esperaba de Ella.

Ahora añado, que esta misma turbacion y este mismo silencio son indicios evidentsimos de la fé de María. No cabe duda que cuanto más viva es la fé, tanto mayor es la reverencia de las almas en presencia de Dios. Los que carecen de ella, los impíos, levantan orgullosos la frente, y no cuidándose para nada del Señor del Universo, le insultan con horribles blasfemias, con sacrílegas imprecaciones, con palabras asquerosas y obras inícuas; mas los justos, sobre quienes derrama sus luminosísimos rayos, reputándose polvo y ceniza, le adoran y veneran con profundos homenajes. Por esto leemos, que Abraham, ántes de dirigir una pregunta á Dios para comprender, lo

(1) Luc. I, 38.

(2) Luc. I, 29.

(3) Ad Rom. XII, 1.

más perfectamente posible, cual era su voluntad, postrose hasta tocar con la frente el suelo; Isafas permaneció sobrecogido de respetuoso temor, cuando vió al Altísimo con dos serafines á su lado que se cubrian el rostro con sus alas; Daniel, al ver que le asistían millares de espíritus. ¿Qué hay, pues, de extraño, que María, cuya fé era inmensamente superior á la de estos sus ilustres antepasados, permaneciera con los lábios sellados y suspenso el ánimo, al oír las palabras del Arcángel? ¡Ah! oyendo que Dios quería descender en el místico sacrario de sus virginales entrañas, no pudo ménos de quedar oprimida de admiracion y permanecer silenciosa y pensativa. Y con tanta mayor razon debía María, llena de fé, permanecer callada y pensativa, cuanto que Dios se le manifiesta en la actitud de Redentor. Es innegable, que la grandeza de Dios se manifiesta clarísima en la obra de la creacion; pero no cabe duda que brilla con más esplendor en la Redencion. Preguntadlo á los Padres y á los Doctores de la Iglesia, y os dirán, que la Encarnacion del Verbo, bajo cualquier respeto que se la considere, es obra incomparablemente superior á la creacion del mundo; y el Angélico Doctor prueba con solidísimos argumentos, que la Encarnacion del Verbo es la obra más excelsa de la omnipotencia divina, ante la cual, la creacion del mundo es un juguete (1). Se necesita muy poco estudio para comprender, que Dios haya podido criar los cielos, la tierra, los mares y todo cuanto existe, por lo mismo que la omnipotencia vá incluida en la idea de la divinidad; pero, que Dios haya podido nacer en el tiempo, el Inmenso, limitarse en el espacio, padecer el Impasible, y morir el Inmortal, es un portento capaz de confundir la sabiduría de los más sublimes serafines. María tiene, pues, motivos de turbarse y de confundirse; con todo, apénas está segura de que la oída salutacion es palabra de Dios, inclina su frente, humilla su entendimiento, y cree.

Estas reflexiones demuestran con cuanta razon los venerables Padres de la Iglesia y otros ilustres escritores eclesiásticos celebraron á María por su fé. Al decir, que no se puede naturalmente investigar con perfecto conocimiento ciertas sublimidades, que sobrepujan la bajeza de nuestra inteligencia, afirmaban: que, no solo no podian discernirla ni expresarla bajo ningun aspecto, sino que sería esto imposible áun á los más elocuentes oradores pasados y futuros. Así, pues, ya que consideraban sumamente difícil hablar perfectamente

(1) Prov. VIII, 30.

de su fé, hubieran preferido callar para que no menguase el mérito por la desproporción de la alabanza. Pensando despues, que en la investigación de aquellas mismas sublimidades, era siempre mejor decir algo que callarlo todo, hicieron algunas indicaciones sobre el particular. Aunque estas indicaciones son poca cosa con relacion á la Santísima Virgen, porque no hay límite en la excelencia de sus virtudes, son bastante con respecto á nosotros, débiles y finitos, ya que se nos figura extraordinario áun aquello que se reduce á poca cosa. Vosotros, amados hermanos, que, congregados en los templos con motivo de las festividades de María, habeis oído repetir con frecuencia de lábios de los oradores sagrados y con los más vivos colores de la elocuencia los nobles sentimientos de aquellos panegiristas de María, sabeis con cuanto afecto hablaron de Ella. Permitaseme también á mí citar algunas de sus palabras.

San Ireneo, al comparar la incredulidad de Eva con la fé de María, declara: que aquélla nos perdió, y ésta nos salvó; Eva, prestando fé á la serpiente, quedó herida de acerbísima mordedura; María la aplastó bajo sus plantas, ofreciendo oportuno remedio para nuestros males; aquélla arrojó nuestra naturaleza en el abismo de toda miseria; ésta la elevó á una sublimidad totalmente nueva y divina; la una fué madre del pecado y de la muerte, la otra lo fué de la salvacion y de la vida (1). Afirma San Agustin, que si tras una horrible noche de cuarenta siglos, en que todo eran tinieblas y terror, brilló por primera vez de los collados eternos, divino astro de luz, el sol de justicia; si llegó el día, en que el desierto se conmovió de júbilo, se regocijó la soledad, las nubes llovieron al Justo, se cubrieron de flores todos los valles, y se humilló toda cumbre, se enderezaron los torcidos senderos y los montes se convirtieron en llanuras; si llegó la suspirada y feliz noche, en que se cantó gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad, todo se debe á la fé de María, que sacudió los firmamentos é hizo que el Salvador descendiese á la tierra (2). San Ildefonso dice: que si bien María resplandece por su virginidad, siendo la inmaculada entre todas las vírgenes, la sábia y la prudente en el florido vergel de las prudentes, la sola virgen sin ejemplar en el mundo; y si bien es admirable, no solo por el nobilísimo linaje de los Patriarcas, de los Profetas, de los Pontífices y de los Príncipes, de los cuales descende, como llevada en triunfo, por

(1) S. IREN. Contra Haer, lib. 3.

(2) S. AUGUST., serm. de Nat. Dom.

una larga serie de siglos, si que también por las virtudes que, aunque ocultas en indecible oscuridad, la proclamaron única entre todas las mujeres; sin embargo, brilla más y es mucho más admirable por su fé (1). Santo Tomás de Villanueva, explicando las palabras del Cantar, esto es, que los ojos de la Amada hieren el corazón de Dios, es de opinion, que estos ojos se refieren á los ojos de la fé de María, ya que mediante la fé se granjeó las complacencias divinas. Hay quien dice, que la fé de María fué superior á la fé de Abraham (2), por haber creído misterios más inconcebibles que aquel Patriarca; otros afirman, que sobrepujó á la fé de David (3), puesto que tuvo que vencer mayores dificultades. Segun San Metodio, María, por su fé, es la luz de todos los fieles; segun San Cirilo de Alejandria, es la Reina de la fé verdadera; al decir de San Ignacio, es la maestra de la religion cristiana; y San Atanasio la llama la destructora de las heregias; segun... Pero, más bien que continuar aquí la enumeracion de los elogios que se le dedican, os confieso, hermanos míos, que me hallo oprimido de admiracion; y que, así como el caudillo del pueblo Hebreo, deslumbrado ante la radiante majestad del Altísimo, no osaba mirarle libremente, tampoco me atrevo yo á hablar libremente de una fé que me deslumbra con sus esplendores. Por lo tanto, inclino la frente para venerarla, y me limito á decir, que su fé es la más admirable.

Después de haber admirado la fé de María, permitidme, hermanos míos, que os pregunte si la imitais. Convencido de que no sois del número de aquellos que confunden la fé con monstruosas supersticiones, ni de aquellos que, por temor de perder el dictado de sabios, no se atreven á confesar á Dios públicamente; pregunto: ¿qué habeis hecho de esta virtud, que, mediante el bautismo, se infundió en vuestra alma, y cuyo deber vuestro era custodiar, aumentar y hacerla fructificar? ¿Habeis evitado siempre la compañía de los que insultan nuestra santa religion, ó reído alguna vez por no parecer fanáticos en presencia de aquellos que ridiculizan cuanto hay de más santo y sagrado? ¿Habeis rechazado siempre aquellos libros y periódicos, que impugnan las verdades de la fé, ó queriendo pasar plaza de despreocupados leísteis aquellas páginas irreligiosas y obscenas? ¿Os manteneis siempre alejados de aquellas reuniones y de aquellos tea-

(1) S. ILDEPHONS., ser. de Assump.

(2) ECCLES XLIV, 21.

(3) I. REG. XXII, 14.

tros, donde se ridiculizan la eternidad de penas, la existencia del Paraíso, la autoridad de la Iglesia, ó asistís sin escrúpulo á tales lugares para conocer mejor el mundo, como se dice vulgarmente? No creais que solo merezcan el nombre de incrédulos los desventurados que hacen pública gala de su irreligion; tambien lo son los que permanecen neutrales respecto de las verdades de la fé, es decir, que ni creen ni niegan, y entregados por completo á los intereses materiales, olvidan completamente los eternos. Por desgracia son muchísimos los que hoy piensan, raciocinan y obran de esta suerte; tanto, que podría asegurarse ser esta la plaga de nuestros días, este el carácter de nuestro siglo, y esta la más funesta consecuencia del triunfo alcanzado por los enemigos de la fé; esto es, el haber convertido á los hombres en indiferentes con respecto á toda materia de religion. ¡Ah, hermanos míos! cuando afirmo, que es escasa la fé en el mundo, quisiera no tener que añadir, que tambien hay poca fé en nuestro corazon; que gloriándonos de ser cristianos, vivimos como si no lo fuéramos; de manera, que puede decirse sin nota de exageracion, que la fé está muerta. ¡Ah! si por desgracia hubiéremos renegado de las consoladoras creencias religiosas, volvamos á las filas, de las cuales hemos ignominiosamente desertado, procurando con diligente solicitud recobrar el tiempo perdido en pós de las vanidades del mundo y de la incredulidad, y procurando con vivo celo y ardiente entusiasmo defender la santa causa de la Religion. Sirvanos de modelo el ejemplo de María. Roguemos á esta santísima Madre, que reanime en nuestros corazones la fé tan combatida en todos sentidos, y que si no está extinguida en nosotros, está á punto de extinguirse. Supliquémosla, que no permita que perdamos este preciosísimo tesoro en los días de nuestra peregrinacion, tesoro incomparable, del cual depende el negocio de nuestra salud espiritual. Invoquemos su misericordia, para que fortalezca nuestra flaqueza, y nos infunda el valor necesario para resistir al torrente invasor de la incredulidad, y tener expedito el camino de la vida y de la herencia celestial, que á todos vosotros deseo.

DISCURSO III.

FÉ UNIDA Á LAS OBRAS.

Fides, si non habeat opera, mortua est in semetipso.

La fé, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma. (JAC. II, 17.)

Anda, dijo un día el Señor á Jeremías, vé á la casa del rey de Judá, y le dirás: Escucha, oh rey de Judá, la palabra del Señor; tú, que te sientas sobre el trono de David... serás estéril en tus cosas; nada te saldrá bien de lo que emprendas durante tu vida; no quedará de tu linaje varon alguno que se siente en el trono (1). El profeta anunció al impío Jeconías el terrible anatema, y por más que este príncipe descendiera de noble estirpe; por más que corriera por sus venas la sangre de David y tuviera ungida la frente con el sagrado crisma; Dios, con irrevocable sentencia, no quiso considerarle digno de las divinas misericordias. Y esto, no porque hubiese levantado orgulloso la frente contra al Cielo, ni se hubiese manchado con graves culpas é iniquidades enormes, sinó porque habiéndole Dios ofrecido medios para hacer acciones dignas de su rango y de su alcurnia, pasaba la vida en la ociosidad y en la inercia. La misma amenaza debiera infundir saludable temor en el ánimo de muchísimos cristianos. Injertados, por adopcion divina, en el árbol genealógico de la tribu sagrada, destinados á reinar con Jesucristo y regados con las perennes aguas de los sacramentos, en vez de producir frutos de buenas obras, como debieran, pasan la vida en una culpable ociosidad. ¡Ay de ellos, si creen que les basta la sola fé para conseguir la gloria eterna! Les es, además, necesaria para llegar á ella una vida santamente empleada, sin cuyo requisito la fé, más bien

(1) JEREM. XXII, 1, 2 y 30.